

El descanso del minotauro

Cristina González

LES
editorial

Primera edición: abril de 2021

© Cristina González, 2021

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2021

© Setapta, ilustración de la portada, 2021

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-43-8

Depósito legal: MU 262-2021

IBIC: FA, FP, FRD

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*¡Ay! Seis rosas y un clavel,
qué bonito es mi jardín,
que no se rompa ninguna
que yo me podría morir.*



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

1

Se deslizaba por los pasillos sin llegar a tocar el suelo. Tenía el mismo aspecto que en su primer recuerdo de ella: el pelo largo, sin canas y castaño, desparramado salvaje por su espalda, las caderas rotundas, los pies descalzos, un vestido floreado hasta el suelo y una sonrisa sin dientes de ojos cerrados. Giraba, danzaba con el sonido de una música que solo se escuchaba en su memoria, pero que guardaba silencio en el presente. La observadora indiscreta, sin embargo, pudo reproducirla sin problemas en su mente, e incluso dejó que un tarareo se resbalara de sus labios, procurando no interrumpir el baile sin rumbo de la mujer de su vida.

Daba vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos unas veces, y elevados hacia el techo otras, dando pasos alargados y elegantes entre las filas de libros, del mismo modo que lo hacía siempre, hasta el último día y desde el primero que ella podía recordar. La falda se le removía con cada giro, formando ondas a su alrededor, como un mar que no necesita orilla.

Paula la observaba bailar apoyada en una de las estanterías, con los brazos cruzados sobre el pecho y un nudo terrible en la garganta. Era algo más joven que la imagen de la mujer que se alejaba de ella sin remedio camino a la puerta. Comparaban el color del cabello, el tono moreno de su piel, la intensa

profundidad de sus ojos. Ella era, por el contrario, algo más bajita y menos corpulenta.

Una risa de otro tiempo reverberó contra las paredes de aquella biblioteca, y una lágrima cayó en el mismo instante en que la mujer desaparecía por la puerta abierta. Se incorporó para seguirla por los pasillos de la mansión en la que había pasado la mitad de su vida. Sus pasos eran amortiguados por las inmensas alfombras de pelo gordo, «para que los niños puedan jugar aquí en invierno», como solía decir.

Apresuró el paso, siguiendo el sonido de esa risa estridente. Vio un retazo de su falda ondear y perderse por la primera esquina. Esta vez no prestó atención a los numerosos cuadros colgados en las paredes, ni a las esculturas majestuosas que decoraban los rincones. De un manotazo se quitó las lágrimas y salió al jardín por una puerta lateral, persiguiendo aquella figura danzante. El aire le refrescó el rostro húmedo y, parada en los escalones que conducían al césped, admiró la felicidad pura de aquella mujer que le había llenado la cabeza de sueños, de historias locas de amor, de leyendas imposibles de dragones y damiselas en apuros.

Ralentizó sus pisadas y sonrió con nostalgia, conociendo de antemano hacia dónde se dirigía. Entraron una tras otra en el laberinto de altos setos que coronaba el jardín trasero, y allí pareció que el tiempo se quedaba suspendido en un momento sin edad, junto a las motas de polvo inmóviles, las luces quietas que se colaban entre las ramas más altas, el silencio abrumador de ese lugar que no parecía pertenecer a este mundo. Cerró los ojos y anduvo tras ella, rememorando el secreto del camino correcto que ella una vez le enseñó.

Se aproximaba a su cuerpo de aire y de recuerdos y se alejaba cuando creía que, debido a su cercanía, podría hacer que se desvaneciera con un golpe de viento. Allí dentro ni los pájaros se oían, solo la melodía en su cabeza y la risa lejana de la bailarina. Eran como una caja de música, y ella observaba el espectáculo con los mismos ojos que cuando era una niña.

Llegaron al corazón del laberinto, separadas por dos compases de la canción que no sonaba en ninguna parte. La escultura colosal de un minotauro se erguía orgullosa al centro. De pequeña le daba miedo, pero, con el paso de los años, se dio cuenta de que el rostro del animal le provocaba una tremenda ternura: parecía triste, de tan solo.

La mujer dio tres vueltas a la estatua sin detener su baile, detuvo sus pies en posición de *ballet* frente a ella, hizo una reverencia, sosteniendo con los dedos los bordes de su falda, sonrió con los ojos brillantes y desapareció.

—Buen viaje, nana.

Elevó una mano como despedida y se sentó en la base de la escultura, como si, contra todo pronóstico, aquella bestia pudiera protegerla de la realidad que caía a plomo sobre sus hombros. Rompió a llorar.

Un rato después, y algo más calmada, salió sin problemas del laberinto con la sensación de haber dejado dentro de él una parte de su alma y volvió a la recepción que tenía lugar en el gran salón. Decenas de personas se encontraban allí con sus mustias caras para la galería, comiendo, bebiendo y hablando entre ellos sobre la mujer que acababan de enterrar.

—Te acompaño en el sentimiento, Paula —le dio el pésame un antiguo amigo de la familia.

—Muchas gracias, Emilio —asintió, sin ganas.

—¿Cómo estás?

Se mordió el labio, en un intento por desenmarañar el cúmulo de emociones que se enredaban en su pecho. No existían palabras para describir lo que sentía.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

—La larga, claro. —Sonrió el hombre, dándole un manotazo de apoyo en el brazo.

—Era muy mayor y tenía la cabeza ida, ya lo sabes, pero era feliz en su mundo. Y yo era feliz escuchándola hablar de sus cosas, las de ellos. Siento... Siento que me he quedado sola —suspiró—. Sola de verdad.

—Ella no se ha ido, Paula.

—Lo sé. —Sonrió más firmemente, recordando su manera estrambótica de despedirse—. Pero bueno, las abuelas tienen que morir algún día, ¿no?

—La tuya debería haber vivido para siempre.

Paula agachó la mirada. Sí, ella debería haber sido eterna.

Por más que intentó retrasar el momento, se acercó al lugar en el que se encontraba su padre. Apenas levantaba la mirada vacía del suelo y bebía compulsivamente de su copa. La barba cana de varios días, su aspecto desaliñado, el pelo revuelto.

—Hola, papá, ¿cómo vas?

—Aquí, vivo, como todos los días. —Se encogió de hombros, desganado.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—A estas alturas, creo que lo es. —Respiró hondo y echó un vistazo hacia un rincón de la estancia. Paula lo imitó, viendo allí cómo su madre y su nuevo marido recibían también condolencias.

—Vamos, papá, han pasado más de diez años. ¿No te cansas de querer lo que no puede ser?

—Jamás —dijo con más ímpetu del que había gastado desde que se divorciaron.

—Tienes que rehacer tu vida. No te hablo de conocer a otra mujer o formar una familia —lo interrumpió antes de que él lo hiciera—, pero tienes que dejarla marchar.

—No puedo hacerlo, cariño. Es ella, es la mía, y no importa que ya no esté. Eso no cambia nada.

Paula aspiró con profundidad. Había perdido la cuenta de las veces que habían tenido esa conversación, pero él parecía obcecado en empeñar su alma por una mujer que se le había escapado de los dedos. No recordaba haberlo visto sonreír desde la separación, y se había terminado por convertir en una sombra del que fue su padre. Siempre viviendo en un pasado al que no podía volver, pero que sentía que aún le pertenecía, haciéndosele la vida cada vez más pesada, cada vez más insoportable, cada vez más triste.

Del mismo modo que su abuela había tenido una locura feliz tras la muerte de su abuelo, la de su padre era de la peor especie: una depresión de matrioska, pero al revés. Aquello no paraba de crecer, de engullir a la pena anterior haciéndola insignificante a su lado, sin detenerse nunca. Se estaba consumiendo de puro desamor.

—Lo sé, papá, lo sé. —Le pasó una mano por la espalda para consolarlo por la muerte de su madre y la de su atribulado corazón.

—No lo sabes, y no podría decirte si eres afortunada o desgraciada por no saber nada del amor.

Sonrió con tristeza. No. Ella no tenía ni idea de lo que era el amor, ese amor, aunque se moría por descubrirlo. Se fijaba en cada mujer que se cruzaba en la calle, en el metro, en los cafés donde paraba a escribir algunas notas para sus novelas. Las miraba con detalle, buscando sus ojos, esperando que saltase esa chispa brutal de la que tanto había oído hablar. Lo deseaba con una intensidad inconmensurable, con verdadera ansiedad, pero aquello nunca había ocurrido, aunque claro, se decía, el amor verdadero no es una cosa fácil de encontrar.

No lo había vivido en carne propia, solo algún enamoramiento pasajero que clasificaba enseguida como poco relevante: apenas necesitaba intercambiar cuatro palabras con la chica en cuestión para certificar que no era la que andaba buscando. No podía serlo. Era un asunto entre ella y la magia, que se estaba haciendo de rogar. Como decía, ella no había vivido todavía ese amor que te ancla al suelo y hace que tu vida tenga, al fin, trascendencia, pero la teoría se la conocía al dedillo. Había pasado horas en la biblioteca de esa mansión renacentista en la que se había criado, leyendo cualquier cosa que tuviera que ver con el amor, que, de alguna manera, incluía a todos los libros del planeta. Solía dormirse, cuando era pequeña, con las historias románticas que le contaba su nana, aunque su favorita había sido siempre la que trataba sobre cómo se había enamorado de su abuelo. Nunca era la misma historia, ya que añadía en cada ocasión detalles nuevos más inverosímiles que la vez anterior,

que poco importaba si eran ciertos o fruto de la idealización del tiempo, pues resultaban tremendamente bellos. Desconocía la historia real y terrenal, y estaba feliz con ello: al fin y al cabo, la vida es como una la recuerda, no como realmente sucedió.

Se sirvió una copa de vino, alejándose del cielo nublado que perseguía la figura de su padre. Su desidia vital le consumía la energía. Se asomó a uno de los ventanales y bebió. Los pájaros huían de lo alto de los setos del laberinto, y pudo imaginarse perfectamente a su abuela correteando por allí espantándolos con su risa ruidosa. Ya la estaba echando en falta.

Al menos ya estás de nuevo con tu amor.

En sus abuelos fue donde ella depositó el ejemplo de lo que debía ser un buen amor. No se querían, sentían devoción el uno por el otro. Rara era la ocasión en la que se les veía separados. Una piensa que la llama se apaga con el paso de los años, derivando en una confianza casi fraternal entre dos personas que han estado juntas más de cincuenta años, pero viéndolos podar las rosas del jardín, riendo como chiquillos, una era incapaz de creer que eso fuera cierto. Se adoraban, del mismo modo que lo hacían sus padres antes de que a su madre se le diluyera el afecto, y ella aspiraba a sentir algo así de potente, tanto que durara la vida entera.

Cuando su abuelo murió, siete años atrás, la cordura de su abuela no lo pudo soportar y tomó el camino hacia atrás, en lugar del que miraba hacia delante. Retrocedió su mente hasta sus años más felices, que fueron todos los que compartió con él, y allí decidió quedarse. Podaba sola los rosales y reía a carcajadas, hablaba y bromeaba sin parar con la nada que para ella seguía siéndolo todo. Paula la observaba y sonreía, enternecida por que hubiera elegido una felicidad ficticia que, aun así, seguía siendo felicidad, a fin de cuentas. Le gustaba sentarse con un libro en las manos y escucharla charlando con él, o regañarlo por que hubiera dejado los zapatos sucios dentro de la casa. No importaba que él ya no estuviera, para ella sí lo estaba, y bastaba. Perdió la cabeza, pero no el corazón, y eso a ella, como nieta suya, le valía.

Sintió un cuerpo a su lado, miró de soslayo y se encontró a su madre en una pose muy similar a la suya.

—Estoy sufriendo por ti, hija —dijo en voz baja.

—No pasa nada, mamá. Es ley de vida.

—¿Te sirve ese cliché?

—En absoluto —rio entre dientes.

—Pues deja de decir estupideces, tienes derecho a estar rota.

Estabas más unida a ella que a mí —bufó, fingiendo disgusto.

—Eres una celosa.

—Celos de madre. Pánico me da pensar en cuando te enamores.

—¿Por qué?

—Porque llega una persona que te conoció en la calle, te coge y te lleva con ella.

—No te pega tener el síndrome del nido vacío a estas alturas. —Le pasó el brazo por los hombros—. Me fui de casa hace mucho y todavía no ha venido ninguna entrometida a llevarme a ninguna parte.

—El día que dejes de buscar la encontrarás. No sé ya cómo tengo que decírtelo.

—El que la sigue la consigue.

—¿Esto es una pelea de frases hechas? Porque tengo muchas. —Paula volvió a reír.

—¿Cómo es perder a una suegra?

—Perder a una suegra como tu abuela es duro. Andrea era una mujer muy especial.

—Sí que lo era —tragó saliva con dificultad. El nudo se le apretaba al escuchar a su madre hablar así de ella.

—No tengo palabras para consolarte, hija, pero tengo un abrazo, si te vale —preguntó con cierta inseguridad en el rostro.

Paula la apretó hasta levantarla del suelo, aprovechando su mayor altura. A pesar del divorcio, su madre había seguido teniendo una relación muy cercana con su exsuegra, valoraba el vínculo estrecho que la unía con su única hija y consigo misma. Andrea era una mujer de carácter, pero dulce y cálida con todo el que tenía un hueco en su corazón, y charlar con ella cuando

tenías una preocupación era la cura para todo mal. Poseía una sabiduría que traspasaba lo cotidiano, como si viniera de vivir mil vidas y tú hubieses tenido la suerte de haber coincidido con ella en esta.

Sí, cualquiera que la conociera pensaría que había tenido mucha suerte.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó cuando rompieron el abrazo.

—Volveré a mi piso, esta casa es demasiado grande para una sola persona.

—Antes solo estabais las dos, y no siempre.

—Pero ella la llenaba, ya sabes. —Fruunció el ceño—. Vendré de vez en cuando para cuidar los rosales.

—Yo plantaría alguna otra planta en el parterre de allí. —Le señaló una zona del jardín, justo enfrente del laberinto.

—Algo se me ocurrirá.

Un tiempo después, Paula se despidió de los rezagados que quedaban y cerró las enormes puertas de entrada. Aquella casa era suya, pero estaba llena de fantasmas del pasado, y ella, a base de ver los errores familiares, decidió que debía mirar hacia el futuro para no quedarse estancada en un momento infinito. Se despidió del servicio con cariño y se subió al coche.

Cuando entró en su piso, apenas habitado desde hacía años y solo visitado las veces que la noche de la ciudad la había pillado sin posibilidad ni ganas de hacer todo el trayecto hasta las afueras, se le hizo inmenso, como el vacío en su pecho.

Esa noche, en una cama que apenas sentía ya suya, soñó con su nana, quien podaba las rosas con su amor en un jardín en el que nunca se acababan las flores.

2

La muerte, además de la pena inherente a la pérdida, supone un papeleo terrible. Se iba una de la vida y dejaba tras de sí todo lo que había sido resumido en unas cuentas bancarias, un número en la seguridad social que ya no servía para nada y una burocracia insoportable que los seres queridos tenían que afrontar con el corazón roto.

Paula llevaba dos semanas sin parar, entre bancos, sucursales de telefonía y notarios, relevando a su padre, que bastante tenía con sobrevivir a sus días eternos, de la pesada tarea. Habían decidido mantener el servicio de la mansión activo para no dejarla morir también mientras pensaban qué hacer con ella, y Paula, tras darles a los empleados la agradable noticia y recibir los agradecimientos de quienes llevaban allí trabajando toda su vida, pudo al fin escapar y encerrarse en su habitación a llorar por no sabía qué.

Se tumbó en la cama, tapando el llanto con el antebrazo y dándose tiempo para descargar esa frustración de haber visto desaparecer el muro que lo sostenía todo para ella. Parecía que aquella sensación no se acababa nunca.

Recordó cómo había decorado con su nana aquel dormitorio de invitados para hacerlo más acorde a su edad, para alejarlo del aspecto majestuoso que teñía cada rincón de la casa

y dejando únicamente el tapiz que cubría una de las paredes. Aún había algunos pósteres de los grupos de los noventa que tanto le gustaban y un baúl lleno de juguetes de cuando era pequeña.

La caja de música que su abuela le regaló a sus dieciocho, depositada sobre sus manos como si contuviera la madurez que la mayoría de edad le iba a requerir, descansaba sobre la cómoda. De niña, contaminada por las locas historias de su abuela, se angustiaba pensando que la música sonaba y sonaba en su interior aunque ella no la abriera, y había pasado horas escuchando su melodía a la espera de que, por pura magia, cambiara en algún momento. No se lo quería perder. Pero nunca nada lo había hecho. A sus treinta y un años, había entendido que la música no iba a variar, sino solo su manera de sentarse a escucharla. Tendría que detenerse a descubrirla de nuevo, quizá entonces notara el matiz que siempre se le había escapado.

Se levantó de la cama y se acercó hasta ella. Tocó la madera oscura, deslizando sus dedos por la rosa tallada con mimo en la tapa, y rememoró las palabras de su abuela, mucho antes de que se la regalara, una tarde cualquiera de primavera en la que se la encontró en su habitación, sentada como una niña buena, con sus manitas en las rodillas sin tocar nada, moviéndose solo para darle cuerda cuando se detenía.

—¿Te gusta?

—Es preciosa —dijo sin quitar los ojos de la bailarina.

—La caja la hizo tu abuelo, ¿lo sabías?

—¿De verdad? —preguntó, ahora sí, mirándola con los ojos muy abiertos.

—De verdad. Cuando nos conocimos, se fue a buscar el árbol del que nacen todos los rosales del mundo y...

—¿Los rosales nacen de un árbol?

—Sí. Es un árbol gigante, con un tronco tan ancho que ni diez hombres podrían rodearlo cogidos de las manos —inventó, inyectando en su agitada mente aquella imagen—. Y tu abuelo fue a buscarlo.

—¿A dónde? —preguntó con un hilo de voz, obnubilada por aquella fábula que para ella era tan cierta como la existencia del sol.

—Nunca me lo dijo, pero lo encontró, y de su tronco robó un pedazo.

—Eso no se hace. —Frunció el ceño, disgustada con su abuelo. Cuando lo viera lo iba a regañar por herir al pobre árbol indefenso.

—Los árboles se curan solos con un poco de tiempo, como las personas. —Le tocó el pecho con un dedo, señalando su corazón—. Cuando tú lo encuentres, verás que casi no se nota el lugar en el que el abuelo cogió su parte.

—¿Qué hizo con la madera?

—Talló esta caja —la acarició con suavidad—, y en ella me entregó su amor.

—¿Y dónde está? —Buscó con su mirada algo que se escapara a su comprensión, pero allí solo había botones desparejados y un broche de cobre.

—En los rosales que podamos juntos, claro. —Sonrió—. El amor hay que cuidarlo todos los días.

Paula salió de aquel recuerdo y la abrió. La bailarina empezó a girar con esa melodía que sonaba siempre, aunque ella no estuviera escuchando. Nunca entendió por qué su nana le regaló la caja de música de su amor, a pesar de haber descubierto, con los años, que no existía ningún árbol de rosas y que, con aquel cuento, solo trataba de introducirla en el maravilloso mundo de los asuntos del corazón. Fue al marcharse él cuando comprendió que era su manera de pasarle el relevo para hallar un amor tan puro como el que ellos habían tenido.

De tanto escuchar a su abuela hablar sobre aquel sentimiento poderoso, se había convertido en una prioridad para ella, muy por encima de cualquier otra meta en su vida, pero en aquel momento de hacía más de diez años, con la caja recién entregada en sus manos, sintió sobre su espalda la responsabilidad de corresponder aquella fe que su nana tenía en que encontrara a

alguien que fuera digna de que depositara su amor en una caja para ella.

Suspiró y echó un vistazo al enorme tapiz. Había elegido aquella habitación para sí únicamente por él, pues de pequeña pasaba muchas tardes allí, incluyendo al animal tejido en sus juegos inocentes. Debido a aquella fascinación por «el toro», como ella lo llamaba, su abuela gastaba horas explicándole el mito cada vez que Paula se lo pedía.

En la imagen que tenía frente a sus ojos, se veía al minotauro solo en medio de un enorme laberinto —en el cual su abuela se había inspirado en su juventud para que construyeran una réplica en el jardín—, esperando la llegada de Teseo para terminar con su vida. La figura del hombre estaba ya muy próxima a su encuentro, y la bestia parecía saberlo, pues en su rostro había una mezcla de furia y terror, conocedor de su cercano final.

Viéndolo con sus ojos de niña, no entendía la animadversión general hacia ese animal abandonado, allí solo, que aguardaba la muerte por algo que él no había elegido. A medida que fue creciendo y asimilando el significado del mito, aceptó que su condición lo condenaba y no lo exoneraba de su parte de culpa. Pasó de provocarle ternura a tenerle miedo, y la parte incomprendida y desubicada de sí misma que siempre se había sentido identificada con el minotauro fue evolucionando a su vez.

El animal permanecía escondido, al igual que ella, solo que, en vez de en un laberinto enrevesado, lo hacía en una enorme biblioteca llena de pasillos de techos inalcanzables, rodeada de libros que hablaban sobre algo que no llegaba a entender, pero que se moría por sentir debajo de la piel, atrapada en un universo de fantasía alejado del mundo real que dejó de ser su lugar favorito para convertirse en su quimera particular.

La desazón que le producía su ansia de encontrar el amor y no conseguirlo, la confianza que sentía que su abuela había puesto en ella para ese fin desde que le entregó la caja de música, el pavor a hallarlo y no saber muy bien qué hacer a continuación con su vida después de tantos años dedicados a una búsqueda incansable, y el resultado fatal que el desamor

había provocado en la cordura de su familia hicieron que, tras un tiempo desligada de él, se viera de nuevo en la mirada angustiada del minotauro, modificando su conexión al mismo tiempo que nacían sus miedos.

Cambió su percepción de él y de sí misma, y substituyó el temor de que llegara alguien que quisiera matarlo por un deseo enfermizo de que apareciera por fin. En su mente siempre efervescente, se le dibujaba como una mujer valiente, una heroína deseosa de terminar con el terror que el animal estaba causando, solo que, en lugar de en una ciudad atemorizada, lo hacía en el corazón en prácticas de la muchacha asustada que era Paula.

Esa mujer sería como el Teseo del mito, la encargada de liberarla de la condena que todos esos factores habían impuesto a su alma, y ella misma, el minotauro: la dualidad entre lo humano y lo salvaje, entre su apasionada búsqueda del amor y su miedo irracional a encontrarlo, a perderlo.

Había apostado todo a una carta, a la esperanza casi ingenua de que llegara quien la salvara de su propia bestia interior, y se había acostumbrado a la idea de que solo le quedaba esperar que un día, por pura suerte, apareciera.

Cerró la caja de música y acercó el oído, como cuando era una niña. No escuchó la música en su interior y sonrió, agitando la cabeza con resignación.

Decidió quedarse a dormir en la mansión y permanecer unas horas más en el mundo imaginario que su abuela había creado para ella. Aunque hubiera resultado duro reconocer que las expectativas románticas que su nana le había inculcado formaban parte de sus temores más profundos, se sentía tremendamente atraída por ellas. Allí había creído en la magia y en la felicidad absoluta de quien tiene el corazón pleno, y quería permitirse la paz de espíritu que le proporcionaba estar en un sitio en el que aquello parecía estar al alcance de la mano.

A la mañana siguiente, tras desayunar en la cocina con el resto de los empleados de la casa, que más bien habían sido parte de su familia, decidió salir a dar un paseo por los terrenos que ahora le pertenecían. Había una arboleda frondosa en la parte

norte que, según las leyendas que había escuchado desde que nació, estaba infestada de mujeres loba y ángeles sin alas que cantaban los boleros favoritos de su bisabuelo. A pesar de haber descubierto que eso no eran más que cuentos de terror para asustar a los críos, seguía dándole cierto miedo aquel pequeño bosque, pues se cubría de niebla en las noches frías y resplandecía ligeramente en la oscuridad cuando había luna llena.

Un poco más allá, entrando casi por casualidad en la parcela, un río ancho y caudaloso de aguas tranquilas y verdosas separaba su terreno del colindante, abrigado por una espesa vegetación que lo escondía de la vista de quien no sabía que se encontraba allí. Para llegar había media hora de paseo que Paula no dudó en recorrer. Por más que hizo rebotar tres piedras planas sobre el agua en tres ocasiones consecutivas, no vio surgir a ninguna ninfa encantada de entre los nenúfares. Al parecer, el conjuro dejaba de tener efecto con la suma de los años y la consecuente pérdida de la imaginación, pues podría jurar que de pequeña la había visto emerger entre las aguas.

Lo intentó unas cuantas veces más, alcanzando con sus piedras la otra orilla, y observó cómo una de ellas, la que había lanzado con más potencia, seguía saltando por encima de la tierra hasta perderse de vista. Deambuló de vuelta, contenta con su hazaña, y rodeó el enorme laberinto. Escuchó, mezclada con el viento, la risa de su nana espantando a los pájaros, tan tenue que podría perfectamente habérsela imaginado, pero dejó que su espíritu mentiroso, el de ella, volviera a llenarle las venas de lo que no podía ser y decidió que sí, que la había oído y que, si se aventuraba a entrar, la vería bailando con su vestido floreado por los pasillos.

Se dejó la parte del jardín repleta de flores, el invernadero de cristal y la zona de la piscina para otro paseo, pues empezaba a hacersele tarde. Paula se despidió de todo el mundo y condujo hasta su apartamento. Una ducha reparadora, el pelo castaño claro secado al viento, las pecas especialmente marcadas debido al sol que había lamido su rostro durante la mañana, ropa cómoda y la calle para verla pasar.

Caminó sin prisa por el centro, con los auriculares a todo lo que daban y una extraña sensación de expectativa en el pecho, como cuando estás esperando con ansia una noticia de esas que te ponen la vida patas arriba. Parecía que su organismo estaba alerta por algún motivo que no llegaba a entender. Lo achacó a la ansiedad propia de quien, tras una situación extrema como lo es la pérdida de un ser querido, se relaja con el paso de las semanas y se ve atacada de repente por todos esos sentimientos que una deja para después por no poder atenderlos en ese momento. El ir y venir, entre testamentos y reuniones familiares para resolver el legado de la matriarca, no le había dado un minuto de descanso y, ahora que ya parecía todo encaminado, se daba cuenta de que no había tenido tiempo de ocuparse de su entristecido corazón.

Laura, su mejor amiga desde el instituto, la esperaba en la puerta del restaurante con su sonrisa tranquilizadora, un abrazo curativo y su melena rubia mucho más corta de lo que recordaba. Llevaba sin poder verla desde el día del entierro, en el que estuvo allí, como un faro, a la espera de que el barco de su melancolía buscara un lugar donde atracar. A veces una amiga solo está, ahí, sin necesidad de emotivos monólogos ni palabras de consuelo que no alcanzan. De pie a tu lado y nada más.

—Las ojeras te sientan de pena.

—Yo también me alegro de verte.

Fueron conducidas a su mesa tras el saludo protocolario, pidieron una botella de vino antes siquiera de sentarse y miraron la carta para elegir. Laura cerró los ojos, señaló una de las páginas al azar, y eso fue lo que pidió, haciendo reír a su amiga, que falta le hacía.

—¿Qué harás cuando seas una famosa actriz y tengas cenas con peces gordos de la industria?

—Lo mismo que hago siempre, guapa. La fama no me cambiará —aseguró con dignidad.

—Menos mal que la gente del faranduleo es rara.

—Prefiero decir excéntrica, queda mucho más interesante. —Bebió de su copa de vino—. ¿Qué se siente al ser una rica heredera dueña de una mansión de ensueño?

—Pues la rica heredera tiene las uñas llenas de barro de la orilla del río. Menos mal que llevo la manicura francesa, porque seguro que parecen mejillones.

—¡Eres una cerda! —Se tapó la boca para que no se le saliera el vino por la nariz.

Y ya está. Un par de frases y Laura ya había pasado por encima del tema sensible en la vida de Paula, con la ligereza propia de quien no necesita preguntar para saber. Comieron poniéndose al día de las cosas mundanas, sin querer profundizar demasiado en aguas más turbulentas, al menos de momento.

—¿Cómo llevas el libro?

—Abandonado. Con todo lo de mi abuela no he tenido la cabeza en su sitio.

—No la has tenido nunca, Pau, ya era hora de que alguien te lo dijera. —Dio un sorbito a su infusión—. Pero eres una chica muy simpática —comentó, fingiendo estar impresionada.

—Y tú muy imbécil, cariño. —Le lanzó un beso y probó su café.

Se miraron con los ojos entornados por encima de sus bebidas, evaluándose y congratulándose de volver a su dinámica de siempre, sin incómodos silencios, condolencias violentas ni pies de plomo. Una nunca sabe exactamente cuándo termina un duelo y, aunque de todos es sabido que no hay boda sin lágrimas ni funeral sin carcajadas, nunca queda del todo claro en qué momento la persona que ha sufrido la pérdida se da cuenta de que, bueno, la vida sigue. Hay como un *impasse*, un punto muerto que no aparece en la línea de tiempo de cada una, un espacio en blanco que la memoria se salta cuando tira hacia el pasado, y que comprende esos días, semanas, en las que todo queda detenido mientras vas asimilando los pequeños cambios que suponen la ausencia definitiva de alguien a quien amas.

Según la opinión de Laura, su amiga ya estaba al otro lado de ese pequeño paréntesis temporal.

—La notaria, al final, ¿era tan hermosa como lo era su voz? —imitó el tono intenso de su amiga y se llevó una mano al pecho con teatralidad.

—Seguramente en los años setenta fuera toda una belleza.

—Qué lástima. Otra más a la lista de lo que pudo ser y no fue. —Cabeceó, frunciendo los labios.

—La lista más larga del mundo —suspiró, recostándose en la silla y removiendo el café distraídamente.

—Podrías basar tu libro en esa lista. Una pobre escritora en busca del amor tiene un listado de nombres que va tachando tras cada corazón roto.

—Seguro que la elegida es el último nombre de esa lista —se lamentó.

—Pues que empiece por el final. —Le guiñó un ojo.

Paula la miró, ladeando la cabeza. *Así de fácil*. Su amiga tenía la capacidad de poner cada cosa en su lugar, de retirar con soltura todo lo que una se cargaba a costas sin necesidad, desenmarañando las enredaderas de lo accesorio y dejando los problemas al desnudo. Lo cierto era que, vistos así, no parecían para tanto.

—¿Sugieres, entonces, que vaya directamente al final de la historia?

—Te sugiero, maldita pedante, que dejes de buscar un imposible idealizado por las historias turbias de tu abuela muerta y eches un polvo de una vez.

A Paula no le quedó más remedio que estallar en carcajadas con semejante demostración de su franqueza brutal. La verdad era que tenía mucha razón. No es que ella no hubiera tenido aventuras ni relaciones. Al contrario, siempre que sentía una conexión similar a la que ella esperaba que le pusiera el corazón del revés, iba con todo a por la chica en cuestión, se enamoraba de ella primero, la conocía después y, cuando descubría que algo tan descafeinado, tan poco trascendente, no podía ser el final de su búsqueda, se despedía con educación y volvía a sacar su catalejo de pirata, para localizar a la siguiente mujer de su vida.

Lo cierto era que tardaba poco en comprender que la elegida no podía ser esa chica eventual que acabara de conocer, que esa fuerza endemoniada del amor definitivo, del para siempre

que traspasaba la frontera de lo lógico y de lo terrenal, en nada se parecía a un sentimiento tan calmo y predecible que, en lugar de crecer, se quedaba congelado en un instante donde lo único que conseguía con el calor del lecho compartido era provocar un deshielo que lo hacía desaparecer.

Tampoco era mujer de alargar lo que de nada servía. No pensaba conformarse con un sí pero no, y menos después de haber comprobado con sus propios ojos que ese amor con el que tanto había soñado y que tanto deseaba sentir existía en la realidad. Lo había visto en su propia casa, y a esa creencia demente se aferraba con todas sus fuerzas. Era lo único que deseaba realmente en su vida, y no iba a tener tan mala suerte de que justo fuera eso lo que no pudiera conseguir, ¿no?

La estadística, el azar y la mala o buena suerte se andaban frotando las manos.

—¿Cómo lo estás llevando? —le preguntó Laura, algo más seria, cuando salieron del restaurante.

—Es un poco raro. Al principio era como si no hubiera pasado nada, pero según pasan los días voy siendo más consciente de que no va a volver.

—Podría hacer un Rafiki y decirte que ella vive en ti —imitó la voz del mono de *El rey león*—, pero ya sabes que no me van mucho las cursiladas.

—Y menos mal, no soportaría a una persona como yo. —Soltó un suspiro y se miró los pies—. La echo mucho de menos.

Laura se puso de puntillas para pasar el brazo sobre los hombros de su amiga, bastante más alta que ella, la apretó contra su costado y dejó un beso en su pelo. Ella era de las pocas personas que conocía la relación tan especial que habían mantenido abuela y nieta, y sabía cómo de perdida debía de sentirse sin tener a su nana a una llamada de distancia.

—Es bonito eso.

—Sí que lo es. —Le dedicó una sonrisa de labios apretados.

—Y ¿qué vais a hacer con la mansión?

—De momento mantenerla como está hasta que el servicio se jubile. Llevan allí toda su vida. Luego ya veremos.

—Podrías vender tu piso y trasladarte. Va mucho con tu rollo de escritora maldita vivir en un caserón deshabitado.

—Intento mantener el equilibrio entre lo real y lo imaginario y me está saliendo regular, así que la opción de vivir allí ni la contemplo.

—¡Podrías construir una casa encantada! —dijo, como si fuera la mejor idea del mundo.

—¡O el parque de bolas más grande de Europa! —se dejó llevar por su ilusión infantil.

—Con tanta escultura no lo veo, Pau. Es peligroso para los niños, ¿es que nadie va a pensar en los niños?!

—A mí me gustaría más una escuela de magia. ¿Te imaginas?

—Le falta el campo de Quidditch.

—Pero el laberinto lo tenemos.

—¿Para qué queremos un laberinto?

—¡Para jugar el Torneo de los Tres Magos! —exclamó Paula con obviedad.

—¡Hostia, es verdad! ¡Todo encaja!

Laura consiguió su cometido y, tranquila al ver que dejaba a su amiga más animada de lo que se la había encontrado, se despidió de ella con dos besos y la promesa de llamarse para el fin de semana.

De vuelta a casa, con un peso menos en su espalda gracias a la despreocupación que la presencia de Laura siempre le infectaba en el organismo, la escritora, con los auriculares puestos y las manos en los bolsillos, disfrutando del aire fresco de aquella noche de marzo, se dedicó a observar a las mujeres con las que se cruzaba, pero con un matiz distinto esta vez. No buscó esa chispa brutal con la que tanto fantaseaba, como hacía siempre, sino que se limitó a observarlas con unos ojos que no eran los suyos, como separada de su propio cuerpo, sin búsquedas ni anhelos, simplemente con las pupilas depositadas en una piel que no ansiaba conocer, observando la vida que palpitaba en ellas sin pensar en cómo sería ese camino ilusionante de aprenderse sus horarios, descubrir sus rituales de antes de dormir, sus

pequeños traumas infantiles, sus filias, sus fobias y esas cosas que no se le cuentan ni a una madre.

Solo compartió una sonrisa con ellas, como deseándoles algo mejor de lo que era ella misma: una mujer solitaria y obsesionada con lo único que no podía obtener a su antojo.

Se lanzó sobre su enorme cama con un chándal lleno de manchas de lejía que aún conservaba de cuando tenía unos cuantos kilos más. Parecía nadar en él. Se quedó bocabajo con los brazos estirados en cruz, pensando en la manera de preservar esa levedad de espíritu que la invadía cada vez que pensaba con la mente de Laura.

En realidad, no era tan difícil, solo tenía que limitarse a vivir, a disfrutar del presente en lugar de agobiarse por un futuro incierto que no podía controlar, pues tenía la sensación de llevar corriendo hacia delante, sin parar, desde que aceptó el testigo que su abuela le entregó junto a la caja de música y, sin embargo, encontrarse siempre en el mismo maldito lugar.

Devoraba sus relaciones buscando un sabor concreto, sin detenerse a paladear aquello que, aunque no era lo que buscaba, resultaba igualmente delicioso. No, ella lo desechaba sin dedicarle ni un bocado más, como si fuera una pérdida de tiempo, como si todos sus esfuerzos tuvieran que ir enfocados en una única dirección. Empezaba a tener la sensación de estar perdiéndose experiencias y personas por una meta que nunca parecía estar más cerca. Seguía teniendo los mismos amigos y amigas de siempre, sin ampliar en absoluto su círculo, sin querer presentar nunca a mujeres que no iban a permanecer mucho tiempo en su vida, encerrada en una vida imaginaria que nunca llegaba a darse y que estaba dejándole una frustración seca en la garganta.

Laura tenía razón, debería dejar de ser tan radical en su manera de afrontar la vida, apreciar también la escala de grises que unía el blanco con el negro y dejar de intentar saltar de un extremo al otro de esa línea que ella siempre había relacionado con la mediocridad. No. Estaba decidida a pisarla, a hacerse un nudo con ella en los tobillos, a enroscársela al cuerpo y, por una

vez, pararse a mirar todo lo que la estaba rodeando en lugar de mantener la vista fija en un punto del horizonte que nunca había estado a su alcance.

Quizá no todo iba de gente trascendente que le cambiara la vida, sino también de personas que andaban por el medio tan solas como ella.